

Usted puede tener

UNA FE

VIVA

Este folleto no es para la venta.

© 1999, 2011, 2015 Iglesia de Dios Unida, *una Asociación Internacional*.
Todos los derechos reservados. Impreso en los Estados Unidos.

Salvo indicación contraria, las citas bíblicas son de
la versión Reina-Valera, revisión de 1960.

Contenido

3 Introducción

Jesucristo hizo una pregunta que tiene profundas implicaciones para todos nosotros: “Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?” La fe se está convirtiendo en algo cada vez más escaso en nuestra sociedad irreligiosa. ¿Cómo puede usted desarrollar una fe viva?

6 ¿Qué es la fe?

La mayoría de la gente no lee la Biblia, por lo cual sabe muy poco acerca de Dios. Muchos ni siquiera están seguros de si Dios existe. ¿Qué hay de usted? ¿Qué clase de fe tiene? ¿Le gustaría tener más? ¿Entiende verdaderamente lo que es fe?

18 Ejemplos de fe viva

Existe una excelente manera de entender el significado de lo que es la fe. Consiste en analizar los ejemplos bíblicos de hombres y mujeres que confiaron en Dios y le obedecieron, depositando sus vidas en sus manos. ¿Quiénes fueron estas personas, y qué podemos aprender de ellas?

27 Cómo fortalecer la fe

Dios espera que crezcamos en fe, y nos dice que es imposible complacerlo si carecemos de ella. ¿Cómo podemos alimentar nuestra fe? La Escritura nos proporciona varias claves para desarrollar fe y hacerla crecer. ¿Cuáles son, y cómo podemos ponerlas en práctica?

El lector notará el uso del término *el Eterno* en lugar del nombre *Jehová* que aparece en algunas ediciones de la Biblia. La palabra *Jehová* es una adaptación inexacta al español del nombre hebreo YHVH, que en opinión de muchos eruditos está relacionado con el verbo *ser*. En algunas Biblias este nombre aparece traducido como *Yahveh*, *Yavé*, *Señor*, etc.; en nuestras publicaciones lo hemos sustituido con la expresión *el Eterno*, por considerar que refleja más claramente el carácter imperecedero e inmutable del “Alto y Sublime, el que habita la eternidad” (Isaías 57:15).

Introducción

“Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?” (Lucas 18:8).

En nuestro mundo existe una verdadera crisis de fe, y son pocas las personas que tienen un concepto optimista del futuro. Muchos carecen de confianza en la supervivencia de sus matrimonios, en que los políticos servirán honradamente a su país, o en que el sistema educativo los preparará adecuadamente para los desafíos que los esperan en el futuro. Al enfrentarse a las dificultades de la vida diaria, muchas personas sencillamente no tienen confianza en que el mañana será mejor que el presente.



En un mundo agobiado, desilusionado y escéptico, los sentimientos de que “cada día el rico es más rico y el pobre más pobre” y “nunca sale nada bien” nos hacen aún más vulnerables a la desesperanza.

Al mismo tiempo, muchas personas consideran que los principios de la Biblia son condenatorios y que sus promesas están obsoletas. El concepto que pre-

Incluso para muchos que se consideran a sí mismos cristianos, la religión suele ser algo superficial. La mayoría de ellos carece de un conocimiento básico de las enseñanzas de la Biblia.

domina es que debemos aceptar y dar validez a todas las opiniones, sin importar cuáles sean. Pero lo que no se tiene en cuenta es que esta manera de pensar inevitablemente produce incertidumbre, la cual socava la fe. Tal vez no neguemos la existencia de Dios, pero debido al materialismo, el humanismo y la decadencia moral de la sociedad que nos rodea, nos convencemos de que Dios se ha ido muy lejos y no se interesa en nuestra vida. Nuestra forma de ver las cosas deja a Dios fuera del panorama.

Incluso para muchos que se consideran a sí mismos cristianos, la religión suele ser algo superficial. La mayoría de ellos carece de un conocimiento básico de las enseñanzas de la Biblia y de las creencias de su iglesia, y

demasiados de ellos han llegado a la conclusión de que en la vida casi todo se reduce a opciones personales y que lo único que importa son sus propios sentimientos. En lugar de buscar la guía de Dios, confían solamente en sí mismos para resolver sus problemas. Como consecuencia, y debido a que las emociones son tan subjetivas, la gente termina muy confundida y trata de asirse a cualquier cosa que le ofrezca alguna luz de esperanza.

Incrédulos que se creen religiosos

Un adagio muy conocido reza: “Del dicho al hecho hay mucho trecho”. En el mundo occidental, muchos millones de personas profesan el cristianismo, pero ¿cuántas de ellas realmente tienen una fe viva? Si bien muchas oran, al menos de vez en cuando, no están seguras de que sus oraciones tengan algún efecto real. La falta de una confianza viva y dinámica en Dios y en nuestra relación con él es algo que afecta a casi toda la gente.

Al hablar de la fe, surgen las siguientes preguntas: ¿Está dispuesto Dios a aceptar varias perspectivas opuestas y contradictorias? ¿Es cierto que todos los caminos conducen a Dios?



Jesucristo nos señaló el *único* camino: “La hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren” (Juan 4:23).

Nuestra adoración a Dios debe estar basada firmemente en la *verdad*. Aunque la adoración tiene que ver con las emociones y los

En el mundo occidental, muchos millones de personas profesan ser cristianas, pero ¿cuántas de ellas realmente tienen una fe viva?

sentimientos, Dios espera que entendamos *cómo* y *por qué* quiere él que le adoremos. Solo cuando entendemos estos conceptos podemos empezar a adquirir la fe viva que se nos menciona en la Biblia.

El eterno problema

Generaciones vienen y generaciones van, pero los problemas crónicos, como por ejemplo la falta de una fe auténtica y activa, todavía persisten. Hace dos mil años, Jesús relató una parábola que demuestra la necesidad de tener y practicar una fe viva. Habló de una viuda a quien un juez no le quería

hacer justicia; pero ella insistía con tanta perseverancia, que finalmente el juez decidió ayudarla porque ya estaba cansado de tanta obstinación (Lucas 18:1-5).

Jesús se valió de este ejemplo de la vida diaria para ilustrar la promesa de Dios de ayudar a los que él ha llamado: “¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche? ¿Se tardará en responderles? Os digo que pronto les hará justicia. Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?” (vv. 7-8).

Jesús nos asegura que Dios responderá a nuestras oraciones. ¿Tiene usted fe en que responderá a las suyas?

Entender las instrucciones de Dios y obedecerlas nos motiva a tener fe en él y en sus promesas. La fe nos ayuda a hacerle frente a nuestro mundo tan turbulento y confuso y nos infunde la confianza y seguridad que necesitamos para poder seguir adelante.

La pregunta que Jesús hizo cuando terminó de relatar la parábola de la viuda y el juez injusto tiene implicaciones muy profundas para cada uno de nosotros: “Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?” Hoy en día la fe es un recurso muy escaso, pero podemos llegar a tenerla siempre y cuando entendamos cuáles son las claves que la garantizan. Si usted quiere aprender cómo puede tener una fe viva, por favor continúe leyendo.

¿Qué es la fe?

*“Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera,
la convicción de lo que no se ve” (Hebreos 11:1)*

¿Ve usted muchos ejemplos de fe en el mundo que le rodea? Gran parte de la sociedad en que vivimos es irreligiosa y carente de fe. La mayoría de las personas no saben mucho acerca de Dios debido a que no leen la Biblia.

Muchos ni siquiera están seguros de la existencia de Dios. Otros, aunque creen en Dios, no saben lo que él enseña, lo que ha prometido ni lo que exige de los seres humanos. Estas cosas no deben sorprendernos porque, al fin y al cabo, es imposible que la gente tenga fe en un Dios que no conoce.

¿Y qué sucede en su caso? ¿Sabe realmente lo que Dios puede hacer y lo que hará por usted? ¿Ha reflexionado acerca de ello?

Dios nos dice que existe una manera efectiva de llegar a conocerlo y cultivar una relación personal con él, y que podemos saber lo que tiene planeado para nosotros y nuestras familias en esta vida y en el futuro. Por medio de uno de sus siervos, Dios nos dice que “la piedad para todo aprovecha, pues tiene *promesa de esta vida presente, y de la venidera*” (1 Timoteo 4:8, énfasis nuestro en todo este folleto). Podemos confiar plenamente en que él quiere buenas cosas para nosotros.

Pero no solo podemos llegar a conocer a Dios y a creer *en él*, sino que también podemos llegar a *conocerlo* y a *creer lo que dice*.

Entre estos conceptos existe una gran diferencia. Hay millones de personas que creen en Dios y dan por sentado que existe, pero en muchos casos ni siquiera le dan importancia a este hecho. Por lo tanto, Dios no es muy real para ellas, y esto afecta lo que piensan y hacen.

Por otra parte, *creerle* a Dios es tener fe en que él *hará por nosotros todo lo que nos ha prometido*, y él espera que actuemos conforme a esa creencia. Nuestro Padre nos exige que tengamos una confianza viva en su existencia, su poder y sus promesas. La Biblia nos dice que el antiguo patriarca Abraham “creyó en Dios” y que estaba “plenamente convencido de que [Dios] era también poderoso para hacer todo lo que había prometido” (Romanos 4:3, 20-21).

Él espera que *actuemos* conforme a esa creencia y nos exige que tengamos una *confianza viva* en su existencia, su poder y sus promesas.

La fe no es un ingrediente mágico; no obstante, nos conduce a una actitud de verdadera confianza en Dios. La fe nos da la seguridad de que Dios tiene el poder y la voluntad para obrar en nuestra vida. A medida que se fortalece,

la fe deja de ser únicamente una convicción intelectual para convertirse en un compromiso, no solamente de confiar en la intervención de Dios en nuestras vidas, sino también (mediante su ayuda) de hacer su voluntad. Adquirimos la certeza de que la voluntad de Dios no es que llevemos una vida frívola o improductiva sino que, como vimos anteriormente, nos conduzcamos conforme a “la piedad [que] para todo aprovecha” (1 Timoteo 4:8).



Con respecto a la fe viva, en la Biblia se nos asegura que “el justo por la fe vivirá” y que “por fe andamos, no por vista” (Romanos 1:17; 2 Corintios 5:7). Quienes viven por fe como seguidores de Cristo y como miembros de la Iglesia de Dios son “creyentes” en él (Hechos 5:14; 1 Timoteo 4:12).

Dios tiene una buena razón para llamarlos creyentes. En el Nuevo Testamento, el sustantivo griego *pistis*, que es traducido como “fe”, está estrechamente ligado con

Gran parte de la sociedad en la cual vivimos es irreligiosa y carente de fe.

el verbo *pisteuo*, que significa “creer” (ver el recuadro de la página 9, “El significado de la palabra *fe*”). Sin embargo, el concepto bíblico es mucho más amplio de lo que suelen sugerir las palabras *fe* y *creer*.

Cómo definir lo que es fe

Aun en la actualidad, creer en alguien, en algo o en una causa es tener fe en esa persona, cosa o idea; significa *creer que es verdadera y justa* y que merece todo nuestro apoyo y favor. De igual manera, tener fe, según la definición bíblica, consiste en creer y confiar absolutamente en alguien (Dios), creer en la verdad de su Palabra (la Biblia) y actuar conforme a ella, y vivir para la causa más grande de todas: el arrepentimiento y la salvación de todo ser humano (Hechos 2:38; 17:30; 2 Pedro 3:9; 1 Timoteo 2:4; Marcos 1:14-15).

Tener fe *es* creer; pero no debemos cometer el error de pensar que si creemos *en* Dios —es decir, en que él existe— la consecuencia lógica es tener fe. Hay muchas personas que sostienen este concepto erróneo: dicen que creen en Dios, y por lo tanto (piensan ellas), tienen fe.

Desde luego, es necesario creer en Dios, pero eso no es más que el primer paso. Como dijo uno de los apóstoles: “Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios [los ángeles caídos] creen, y tiemblan” (Santiago

2:19). Si solo creemos, no nos diferenciamos mucho de los demonios en ese aspecto.

Si queremos tener una relación íntima y dinámica con Dios, nuestro modelo de fe debe ser Jesucristo. Su vida es el ejemplo perfecto de la fe. Jesús mostró en todo momento una fe viva y alentó a otros no solo a creer *en* Dios, sino también *a creerle a Dios*, es decir, creer lo que *él dice* y *vivir* de acuerdo con esta convicción.

De hecho, muchos personajes bíblicos fueron magníficos ejemplos de fe viva, la clase de fe que se requiere para la salvación.

La fe viva y activa es la con-



Primero, debemos creer que Dios existe, es decir, admitir que el Todopoderoso Creador del universo es real, tal como nos es revelado en la Biblia. En segundo lugar, debemos creer que Dios finalmente recompensará a quienes con toda humildad le busquen y le obedezcan.

fianza absoluta en que Dios puede intervenir en nuestra vida y en que sin duda lo hará. ¡Nosotros podemos tener esta clase de fe! ¡También podemos creerle a Dios! Si lo hacemos, él estará siempre con nosotros.

En esta sociedad suspicaz y escéptica es muy difícil encontrar una fe genuina, activa y sólida en el Dios de la Biblia. Pero esa fe, junto con las bendiciones que nos trae cuando la vivimos, está disponible para quienes realmente le creen a Dios.

La fe es una convicción absoluta

En lo que se conoce como “el capítulo de la fe” de la Biblia, se nos dice: “Es, pues, la fe la certeza [el conocimiento seguro, claro y evidente] de lo que se espera, la convicción [el convencimiento pleno, absoluto] de lo que no se ve” (Hebreos 11:1). La fe es nuestra seguridad de que existen cosas que aún no podemos ver.

En todo este capítulo se habla acerca de hombres y mujeres reales que fueron ejemplos de lo que es tener fe. Ellos le creyeron a Dios al grado de arriesgar sus vidas, confiados en que él los salvaría o los resucitaría a la vida eterna en su reino. Ellos creyeron, y su fe les dio la seguridad para seguir adelante.

La fe verdadera no es una ilusión ni el simple deseo de que todo salga bien. Es una convicción absoluta de que Dios está profundamente interesado en nosotros y de que *siempre* nos dará lo que más nos convenga.

Cada uno de nosotros *puede* tener esta clase de fe. De hecho, es *necesario* tenerla si queremos honrar y amar a nuestro Creador, pues “sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan” (v. 6).

Este versículo explica dos aspectos de la fe. El primero es que debemos creer que Dios existe, es decir, admitir que el Todopoderoso Creador es real, tal como nos es revelado en la Biblia. Esto es algo que podemos comprender por medio de la magnífica creación física que nos rodea (Romanos 1:20). En segundo lugar, debemos creer que Dios finalmente recompensará a quienes con toda humildad le busquen y le obedezcan.

El entendimiento correcto lleva a la acción

Muchas personas carecen de la fe que se nos menciona en la Biblia, debido a que no creen ni ponen en práctica lo que Jesús enseñó: “Si me amáis, guardad mis mandamientos” (Juan 14:15). La mayoría ni siquiera puede recitar los Diez Mandamientos. Algunos suponen que Jesús obedeció esos preceptos *por* nosotros, de manera que ya no tenemos que obedecerlos. Otros creen que lo que hagamos no importa, siempre y cuando sintamos “amor” por los demás.

Existen muchos conceptos equivocados sobre el mensaje de Jesucristo, el evangelio. Nuestro Salvador, quien vino a predicar el evangelio del Reino de

El significado de la palabra “fe”

Muchas personas piensan que la fe es un sentimiento o un conjunto de creencias que representa las convicciones de uno. Si bien es cierto que ambos conceptos encierran algunos aspectos de lo que es la fe, la definición completa es mucho más amplia. El sustantivo griego *pistis*, que es el que más comúnmente se traduce por “fe”, quiere decir “persuasión firme” y “convicción basada en el oír”. Analicemos la definición que nos entrega un conocido diccionario bíblico:

“Los principales elementos de la fe en su relación con el Dios invisible, en distinción a la fe en el hombre, quedan especialmente expuestos con la utilización de este nombre [*pistis*] y de su verbo correspondiente,

pisteuō; son: (1) una firme convicción, que produce un pleno reconocimiento de la revelación o verdad de Dios, p.e., 2 Ts. 2:11-12; (2) una rendición personal a Él, Jn 1:12; (3) una conducta inspirada por esta rendición, 2 Co 5:7. Según el contexto, uno u otro de estos elementos queda más destacado” (W.E. Vine, *Diccionario Expositivo de Palabras del Nuevo Testamento*, Libros CLIE, 1984, 2:120).

La fe implica una actitud, una convicción y una conducta basadas en una relación correcta con Dios. No es algo estático, sino que se fortalece y se vuelve más profunda a medida que vamos cultivando una relación cada vez más estrecha con nuestro Creador.

Dios, nos dice: “¡Arrepiéntanse y crean las buenas nuevas!” (Marcos 1:15, Nueva Versión Internacional). No obstante, muchísimas personas nunca han entendido el verdadero evangelio que Jesús predicó, y los conceptos erróneos producen una fe defectuosa.

Y como la fe tiene que ver con buscar activamente a Dios (Hebreos 11:6), debemos basar nuestra fe en un conocimiento correcto de las Escrituras. Si le interesa saber más acerca del verdadero mensaje que Jesús enseñó, nos es grato ofrecerle, sin costo alguno para usted, el folleto *El evangelio del Reino de Dios*. Solicítelo o descárguelo de nuestro sitio web, www.iduai.org.

Cambiar nuestra forma de vivir para someternos a Dios –lo que en la

Cómo confirmó la ley el apóstol Pablo

Un comentario de Pablo que muchos sacan de contexto y malinterpretan es el que se halla en Romanos 3:28: “Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley”.

¿Qué significa esto de “sin las obras de la ley”? ¿Está acaso dando a entender con esto que aquel que vive una forma de vida aparte de o contraria a las enseñanzas de la ley, puede agradar a Dios?

Analicemos cuidadosamente este razonamiento. Solo unos pocos versículos después él mismo pregunta y responde algo crucial: “¿Luego por la fe invalidamos la ley? En ninguna manera, sino que confirmamos la ley” (v. 31).

La Versión Popular traduce este versículo así: “Entonces, ¿con la fe quitamos el valor a la ley? ¡Claro que no! Más bien afirmamos el valor de la ley”.

El Dr. Brad Young, erudito bíblico, explica: “La expresión ‘afirmar la posición de la ley’ es una traducción más acertada de las palabras griegas. El término griego *histemi*, ‘estar o poner en un sitio más firme’ es el equivalente de la palabra hebrea *kiyem*, ‘establecer por medio de la interpretación adecuada’. Por la fe, Pablo deseaba poner la Torá [la ley] en una posición más firme” (*Paul the Jewish Theologian* “Pablo, el teólogo judío”, 1997, p. 97).

Pablo está completamente de acuerdo con

la definición que la Biblia da del pecado, que es la desobediencia a la ley de Dios (1 Juan 3:4). Él explica que “por medio de la ley es el conocimiento del pecado”; es decir, ella nos dice lo que es el pecado (Romanos 3:20). Luego resume todo esto con estas palabras: “De manera que la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno” (Romanos 7:12). Esto demuestra que la ley sigue siendo válida.

La validez de la ley, sin embargo, no resuelve el problema de que las personas no la obedezcan. Dios se lamentaba por la antigua Israel: “¡Quién diera que tuviesen tal corazón, que me temiesen y guardasen todos los días todos mis mandamientos, para que a ellos y a sus hijos les fuese bien para siempre!” (Deuteronomio 5:29). Sin embargo, con el nuevo pacto podemos tener una nueva mente y un nuevo corazón (por la fe de Cristo viviendo en nosotros por medio del Espíritu Santo), y esto es lo que hace posible la verdadera obediencia (Jeremías 31:31-34; Hebreos 8:7-13; Gálatas 2:20). Así, ¡la fe facilita la obediencia!

(Este recuadro fue adaptado de nuestro folleto gratuito *El nuevo pacto: ¿Anula la ley de Dios?* Solicítelo o descárguelo para aprender más sobre la relación entre la gracia, la fe y las obras).

Biblia se llama *arrepentirse*— se basa en la convicción de que Dios intervendrá en nuestra vida y que finalmente nos dará la vida eterna. Para poder recibir la salvación es necesario tener fe, y eso implica tanto conocimiento como acción. En resumidas cuentas, Dios no va a darle la salvación a alguien que no le cree ni le obedece, pues tal persona solo amargaría eternamente su vida y también la de los demás. Por lo tanto, si no tenemos fe verdadera, tampoco tenemos esperanza.

La fe incluye humildad

Tener fe es comprender la grandeza de Dios en comparación con nuestra insignificancia. Esta clase de fe raramente se encuentra en nuestro mundo lleno de orgullo y vanidad. Pero llegar a comprender que Dios tiene poder infinito y que nosotros necesitamos desesperadamente su ayuda es verdaderamente reconfortante.

Los antiguos griegos creían con fe ciega que Atlas, uno de sus dioses, sostenía el mundo en sus hombros. Si nosotros nos rehusamos a tener una fe viva en Dios al no someternos a su voluntad, nos convertimos en un tipo de Atlas que trata de llevar en los hombros su propio mundo en un esfuerzo agobiante e inútil. Tal actitud finalmente conduce a la frustración, la tristeza y el sufrimiento, porque sin la ayuda de Dios no sabemos cómo llevar una vida feliz y productiva, ni somos capaces de encontrar el camino que nos conduce a la vida eterna (Jeremías 10:23; Proverbios 14:12).

Por otra parte, tener fe es saber con absoluta certeza que el mismo Dios que mantiene a nuestro planeta en su órbita también quiere guiar nuestro mundo personal. Tal fe nos proporciona confianza y gran paz mental, así como la firme esperanza en un futuro radiante y eterno.

La fe, las obras y la gracia

De nada sirve que digamos sencillamente “yo creo”, si tal afirmación no va acompañada de cambios drásticos en nuestro modo de vivir. El simple reconocimiento de la existencia de Dios no produce automáticamente una relación correcta con él. Como ya vimos antes, incluso los demonios “creen” (Santiago 2:19), pero Jesús nos ordena que además nos arrepintamos (Marcos 1:15). Para una explicación más completa de lo que es el arrepentimiento, no deje de solicitar o descargar nuestro folleto gratuito *El camino hacia la vida eterna*.

El arrepentimiento no es algo que sucede espontáneamente, sino que exige esfuerzo y compromiso. La verdadera fe tiene que ser alimentada, nutrida y cultivada espiritualmente. Jesús nos advierte los peligros de la fe falsa — la fe inmadura e incompleta: “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino *el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos*” (Mateo 7:21).

Entonces, ¿qué significa esta afirmación del apóstol Pablo: “Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios” (Efesios 2:8)? ¿Acaso Pablo predicó una fe que hace innecesaria la obediencia?

¡Desde luego que no! Este versículo nos muestra que la gracia de Dios –su favor inmerecido– es una dádiva. Sencillamente es un error suponer que,



debido a que la gracia es una dádiva, no necesitamos demostrar con acciones nuestra actitud de arrepentimiento y nuestra fe mediante la forma en que nos conducimos (Santiago 2:14-26).

Ningún acto de obediencia puede compensar por nuestra pasada desobediencia. Solamente la sangre de Cristo puede otorgar el perdón por nuestros pecados. Más aún, ningún

Aunque Tomás había visto a Jesús efectuando muchos milagros, todavía albergaba dudas en cuanto a su resurrección. Y a pesar de que sus compañeros le aseguraban que lo habían visto cara a cara, se rehusaba a creerles.

esfuerzo por obedecer que se base en nuestros propios medios tiene validez. La gracia de Dios, que se manifiesta a través de la fe, es lo que nos permite hacer buenas obras (vv. 8, 10).

La realidad es que nuestra salvación viene por medio de esa dádiva de su gracia y de la fe, la cual Dios mismo nos ayuda a ir cultivando a lo largo de nuestra vida. Debemos tener una fe *viva*, no una fe vacía e inactiva.

En la Biblia claramente se nos dice que la salvación se obtiene por la gracia de Dios, no por medio de buenas obras, “para que nadie se gloríe” (Efesios 2:9). Pero somos salvos por gracia por medio de la fe (v. 8).

El peligro es que nuestra fe puede morir si descuidamos nuestra salvación por no vivir en obediencia a Dios (Hebreos 2:1-3). Por eso es que el apóstol Pablo escribió: “Golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado” (1 Corintios 9:27).

Las obras que hagamos no nos hacen merecedores de la salvación. Pero en la carta de Santiago claramente se nos dice que la fe sin obras está muerta (Santiago 2:17, 20, 26); en otras palabras, es completamente inútil. (Ver el recuadro “La carta de Santiago: ¿Una ‘epístola de paja’?” en esta misma

página).

Este fiel ministro de la Iglesia y medio hermano de Jesús escribió: “Por lo cual, desechando toda inmundicia y abundancia de malicia, recibid con mansedumbre la palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas. Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos” (Santiago 1:21-22). Luego, en el versículo 25 leemos que quien “mira atentamente en la perfecta ley, la de la libertad, y persevera en ella, no siendo oidor olvidadizo, sino hacedor de la obra, éste será bienaventurado en lo que hace”.

La fe verdadera exige mucho más que palabras, requiere de un compromiso férreo y la prueba de tal compromiso. El apóstol Santiago pregunta: “Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle?” (Santiago 2:14). Él claramente nos muestra que las simples palabras de nada sirven cuando alguien necesita comida o

La carta de Santiago: ¿Una ‘epístola de paja’?

El reformador Martín Lutero describió la carta de Santiago como “una epístola de paja”. Él llegó a esta errónea conclusión debido a su frustración ante la actitud de los dirigentes religiosos, quienes creían que la gente se ganaba la salvación por medio del dinero que entregaba a la iglesia, y afirmaban equivocadamente que esta epístola respaldaba tan falso concepto. Quizá cansado ya de tanta discusión, no fue capaz de entender esta epístola y no quiso aceptar lo que Santiago dijo cuando afirmó que, necesariamente, las obras son una evidencia concreta de la fe.

Hoy en día, muchos aplican mal las palabras de Lutero porque no entienden las circunstancias que las originaron. Martín Lutero vivió una vida de dedicación, pero en ocasiones sus vehementes palabras y discusiones han sido sacadas de su contexto histórico con el fin de disculpar estilos de vida desordenados.

Jesucristo espera hechos —obras— de nosotros, pues él mismo declaró: “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en

el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos” (Mateo 7:21).

En Hebreos 2:17 se nos dice que Jesús es nuestro misericordioso Sumo Sacerdote. La realidad es que las obras y la gracia van de la mano. Santiago, un medio hermano de Jesús, escribió su epístola de acuerdo con las enseñanzas e instrucciones de éste. Santiago no solo habló acerca de las obras, sino también acerca de la gracia, y dijo: “El Señor es muy misericordioso y compasivo” (Santiago 2:14-17; 4:6; 5:11).

La enseñanza bíblica de que la salvación es una dádiva de Dios es clara e invariable. Pero, aunque es una dádiva, algo que no nos podemos ganar, es necesario que obedezcamos a Dios si queremos recibirla.

El apóstol Pablo escribió: “Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios . . . somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras” (Efesios 2:8-10). Santiago lo resume de esta manera: “La fe sin obras es muerta” (Santiago 2:20).

Las cosas maravillosas que ocurren gracias a la fe

La fe es vital en la vida cristiana, empezando por entender quién es Dios y culminando con la salvación y la vida eterna.

Veamos una lista parcial de versículos que muestran lo que ocurre en nuestras vidas *gracias a la fe*, o cuando *creemos* — es decir, cuando ponemos nuestra confianza en Dios el Padre y en Jesucristo (énfasis nuestro en todo este artículo).

Entendemos que Dios es el Creador mediante su Palabra. Hebreos 11:3: “*Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía*”.

Tenemos acceso a la gracia de Dios. Romanos 5:2: “. . . por quien [Cristo] también tenemos entrada *por la fe* a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios”.

La Palabra de Dios obra en nosotros. 1 Tesalonicenses 2:13: “. . . la palabra de Dios, la cual actúa en vosotros los *creyentes*”.

Somos hechos sabios para la salvación. 2 Timoteo 3:15: “. . . desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación *por la fe* que es en Cristo Jesús”.

Somos redimidos por la sangre de Cristo, y nuestros pecados son perdonados. Romanos 3:24-25: “Siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación *por medio de la fe* en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados” (comparar con Efesios 1:7).

Somos justificados, es decir, reconciliados y hechos justos delante de Dios. Romanos 3:28: “Concluimos, pues, que el hombre es justificado *por fe* sin las obras de la ley” (refiriéndose a la justificación inicial, que debe ser respaldada por obras posteriores para ser

válida. Ver Romanos 2:13; Santiago 2:14-24).

Somos redimidos de nuestros pecados pasados. Efesios 2:8: “Porque por gracia sois salvos *por medio de la fe*; y esto no de vosotros, pues es don de Dios”.

Somos resucitados a una nueva vida después del bautismo. Colosenses 2:12: “. . . sepultados con él [Cristo] en el bautismo, en el cual fuisteis también resucitados con él, *mediante la fe* en el poder de Dios que le levantó de los muertos”.

Recibimos el Espíritu Santo. Gálatas 3:14: “. . . a fin de que *por la fe* recibiésemos la promesa del Espíritu” (ver también Juan 7:39; Efesios 1:13).

Nos convertimos en hijos de Dios. Gálatas 3:26: “pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús” (ver también 1 Juan 5:1).

Cristo vive en nuestros corazones. Efesios 3:17: “. . . que habite Cristo *por la fe* en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor . . .”

Nuestros corazones son purificados. Hechos 15:8-9: “Dios, que conoce los corazones, les dio testimonio, dándoles el Espíritu Santo . . . purificando *por la fe* sus corazones”.

Somos santificados y apartados para Dios. Hechos 26:15-18: “Y el Señor dijo: Yo soy Jesús . . . ahora te envío [a ti, Pablo] . . . para que abras sus ojos . . . para que reciban, *por la fe* que es en mí, perdón de pecados y herencia entre los santificados” (véase también 2 Tesalonicenses 2:13).

Somos parte de los elegidos de Dios. Romanos 11:5, 19-20: “Así también aun en este tiempo ha quedado un remanente escogido por gracia . . . las ramas [los desobedientes israelitas] . . . por su incredulidad fueron desgajadas, pero tú *por la fe* estás en pie” (véase también 2 Corintios 1:24).

Corroboramos la ley de Dios, su validez y la habilidad para guardarla. Romanos

3:31: “¿Luego *por la fe* invalidamos la ley? En ninguna manera, sino que confirmamos la ley”.

Obedecemos a Dios. Hebreos 11:8: “*Por la fe* Abraham obedeció . . .”

Somos justificados conforme a la ley de Dios. Filipenses 3:9: “Y ser hallado en él [Cristo], no teniendo mi propia justicia, que es por la ley [es decir, tratar en vano de obedecer la ley de Dios por nuestro propio esfuerzo], sino la que es *por la fe* de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe” (véase también Romanos 3:21-22).

Dedicamos nuestras vidas a Dios. Hebreos 10:38: “Mas el justo vivirá *por fe*; y si retrocediere, no agradará a mi alma” (ver también Romanos 1:17; Gálatas 3:11).

Vivimos en sometimiento a Cristo. Gálatas 2:20: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo *en la fe* del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí”.

Nos comportamos según la guía de Dios, y no de acuerdo a nuestra propia voluntad. 2 Corintios 5:7: “Porque *por fe* andamos, no por vista”.

Vamos confiadamente ante Dios. Efesios 3:12: “En quien [Cristo] tenemos seguridad y acceso con confianza *por medio de la fe* en él”.

Recibimos lo que pedimos. Mateo 21:22: “Y todo lo que pidieréis en oración, *creyendo*, lo recibiréis”.

Creemos en milagros y los experimentamos. Mateo 17:20: “. . . porque de cierto os digo, que *si tuviereis fe* como un grano de mostaza, diréis a este monte: Pásate de aquí allá, y se pasará; y nada os será imposible” (véase también Marcos 9:23).

Somos sanados. Hechos 3:16: “Y *por la fe* en su nombre [de Jesús], a éste, que vosotros veis y conocéis, le ha confirmado su nombre; y la fe que es por él ha dado a éste esta completa sanidad en presencia de todos vosotros” (comparar Marcos 5:34; Santiago 5:15).

Tenemos abundancia de alegría y paz. Romanos 15:13: “Y el Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz *en el creer*”.

Observamos el día de reposo de Dios, el sábado, que representa el futuro descanso en su reino. Hebreos 4:3: “Pero los que *hemos creído* entramos en el reposo . . .”

Tenemos valor para soportar las pruebas y recibir las promesas de Dios. Hebreos 11:33-34: “. . . que *por fe* conquistaron reinos, hicieron justicia, alcanzaron promesas, taparon bocas de leones, apagaron fuegos impetuosos, evitaron filo de espada, sacaron fuerzas de debilidad, se hicieron fuertes en batallas . . .”

Vencemos al mundo. 1 Juan 5:4: “Y esta es la victoria que ha vencido al mundo, *nuestra fe*”.

Heredamos las promesas de Dios. Hebreos 6:12: “. . . que no os hagáis perezosos, sino imitadores de aquellos que *por la fe* y la paciencia heredan las promesas”.

Somos protegidos por el poder de Dios para alcanzar la salvación. 1 Pedro 1:5: “. . . que sois guardados por el poder de Dios *mediante la fe*, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero”.

A su debido tiempo recibiremos la salvación. 1 Pedro 1:7-9: “. . . para que sometida a prueba vuestra *fe*, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque percedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo, a quien amáis sin haberle visto, en quien *creyendo*, aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso; obteniendo *el fin de vuestra fe*, que es la salvación de vuestras almas”.

Se nos promete la vida eterna. Juan 3:16: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que *todo aquel que en él cree*, no se pierda, mas tenga vida eterna” (véase también el versículo 15).

vestido (vv. 15-17). Luego, en los versículos 21-22, menciona la fidelidad de Abraham, cuya fe “se perfeccionó por las obras”.

Cuando correspondemos al amor de Cristo obedeciendo sus mandamientos (Juan 14:12-15), nuestra fe cobra vida y dinamismo. No nos equivoquemos: no seremos salvos por gracia si profesamos una fe muerta.

La fe viva entre los incrédulos

Después de que Jesús resucitó, uno de sus discípulos dijo que no creería que había vuelto a la vida a menos que pudiera ver las señales de los clavos en sus manos y meter la mano en su costado, donde había penetrado la lanza. Tomás buscaba pruebas visibles, tangibles, de que su Maestro había resucitado. Más tarde, Jesús le proporcionó esas pruebas y así le demostró que Dios y su plan de salvación eran una realidad y lo exhortó a que no fuera incrédulo (Juan 20:24-29).

Aunque Tomás había visto a Jesús haciendo muchos milagros, todavía albergaba dudas en cuanto a su resurrección. Y a pesar de que sus compañeros le aseguraban que lo habían visto cara a cara, se rehusó a creerles; sencillamente no podía creer que su Señor había resucitado de entre los muertos, como él mismo lo había predicho. De hecho, otros apóstoles también dudaban (Mateo 28:17).

¿Terminaremos nosotros como Tomás, dudando de la veracidad del testimonio de los numerosos testigos que presenciaron la resurrección y los milagros de Jesús? ¿Creeremos y confiaremos en Dios y sus promesas? Lamentablemente, nos resulta difícil tener una fe viva; en cambio, dudar es muy fácil (Santiago 1:6-8).

La sociedad en que vivimos pareciera haber sido diseñada para minar la fe verdadera. Una gran parte de los sistemas educativos, de los medios publicitarios y del mundo del espectáculo es mundana y perversa, y aleja a las personas de los principios morales de la Biblia. A lo largo de la historia nos hemos dejado atraer por lo material, y al mismo tiempo nos hemos olvidado de Dios. Todo —la ciencia, la filosofía, la historia— se reduce al plano físico, y el resultado es previsible y obvio: muy pocos saben lo que Dios espera de nosotros, y menos aún son los que confían en él para que guíe sus vidas. ¿Acaso no hay fe ni esperanza espiritual para nosotros, nuestros hijos y nuestros nietos?

A pesar de que tener una fe viva es muy difícil en esta época de escepticismo y materialismo, en la Biblia se nos asegura que algunos poseerán este maravilloso atributo al final de esta era (Apocalipsis 14:12), cuando Jesucristo regrese como Rey de reyes y Señor de señores. El hecho de que algo sea difícil de lograr no quiere decir que sea imposible, especialmente cuando se cuenta con la ayuda de Dios.

La fe verdadera no solo es posible, sino que está a nuestro alcance. El

apóstol Pablo dice: “El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?” (Romanos 8:32).

Dios nos dio su Palabra escrita –la Biblia– para que pudiéramos tener esperanza y recibir instrucción mediante los ejemplos de otros (Romanos 15:4; 1 Corintios 10:6; 2 Timoteo 3:16-17). Cuando leemos en la Biblia algunas de las experiencias por las que pasaron estas personas, encontramos ejemplos prácticos de cómo actúa y se desarrolla la fe viva.

En el próximo capítulo analizaremos las vidas de hombres y mujeres que gracias a la ayuda y la motivación de Dios, llegaron a tener una fe viva.

Ejemplos de fe viva

“Mas estas cosas sucedieron como ejemplos para nosotros . . .” (1 Corintios 10:6).

A muchos nos fascinan los relatos de la vida real. Nos gusta enterarnos de cómo reaccionan otras personas cuando se ven enfrentadas a situaciones adversas o problemas serios. Una prueba muy evidente de esto es el enorme interés que despiertan los inspiradores relatos de algunas revistas y periódicos. Cuando nos enteramos de cómo otras personas han alcanzado el éxito, nos sentimos motivados para triunfar de la misma manera.

Sabemos que Dios inspiró las Escrituras “a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2 Timoteo 3:17). Por eso, debemos estudiar su Palabra regularmente; ningún otro libro cuenta con tal aprobación divina. En las Escrituras encontramos muchos relatos de triunfo, que han sido escritos para nuestro beneficio. La Biblia nos habla de personas que tuvieron que afrontar grandes desafíos y, aunque vivieron hace muchos siglos, sus historias fueron preservadas como ejemplos impecables para nosotros.

En su primera carta a la iglesia de Corinto, escrita a mediados del primer siglo, el apóstol Pablo habló de algunos de los acontecimientos más importantes que había vivido el pueblo de Israel unos 1 500 años antes (1 Corintios 10:1-10). En el versículo 11 leemos que “estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos”.

Los ejemplos que Pablo mencionó no son cuentos de hadas; son historias verdícas y reales. La Biblia no adorna a sus héroes ni disfraza a sus pecadores. Es un relato de personas de verdad, que vivieron experiencias reales, tanto buenas como malas. Todos ellos tuvieron que bregar con debilidades, temores, esperanzas y deseos, al igual que nosotros.

El hecho de saber que muchos hombres y mujeres mencionados en la Biblia también tuvieron necesidades o sufrimientos puede infundirnos aliento y esperanza (Romanos 15:4). Podemos aprender de ellos al ver los resultados de sus decisiones.

Analicemos algunos de los ejemplos positivos registrados en las Escrituras, que pueden alentarnos e instruirnos en los caminos de Dios.

El ejemplo de Abraham y Sara

Después que Abel, Enoc y Noé culminaron su carrera de la fe (Hebreos 11:4-7), Dios llamó a Abram (al cual le cambió el nombre por el de Abraham, Génesis 17:5). La vida de Abraham y de su esposa Sarai (a quien Dios llamó Sara, v. 15) es digna de reflexión, ya que él llegó a ser el “padre de todos los creyentes no circuncidados . . . y padre de la circuncisión, para los que . . . también siguen las pisadas de la fe que tuvo nuestro padre Abraham . . .” (Romanos 4:11-12). Asimismo, en 1 Pedro 3:6 se menciona a Sara como un gran ejemplo para las esposas. En el capítulo 11 de Hebreos, conocido como “el capítulo de la fe”, se menciona a ambos como grandes ejemplos de fe:

“Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia; y salió sin saber a dónde iba. Por la fe habitó como extranjero en la tierra prometida como en tierra ajena, morando en tiendas con Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa; porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios” (Hebreos 11:8-10).



Podemos apreciar la obediencia de Abraham en un relato mucho más antiguo, cuando Dios le dijo que saliera de su tierra para ir a un lugar desconocido: “Y se fue Abram, como el Eterno le dijo . . .” (Génesis 12:4).

Una de las cualidades sobresalientes de Abraham era su confianza absoluta en las promesas de Dios. Aunque Abraham no había tenido hijos, cuando Dios le dijo

Cuando Dios le dijo que saliera de su tierra natal, “Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia; y salió sin saber a dónde iba”.

que engendraría un heredero y que sus descendientes serían tan numerosos como las estrellas del cielo, él le creyó, “y le fue contado por justicia” (Génesis 15:6).

Igualmente, Sara fue un ejemplo de fe: “Por la fe también la misma Sara, siendo estéril, recibió fuerza para concebir; y dio a luz aun fuera del tiempo de la edad, porque creyó que era fiel quien lo había prometido” (Hebreos 11:11).

¿Cuál fue el resultado de la fe que demostraron Abraham y Sara? Aunque ambos eran de edad bastante avanzada y Sara ya no podía concebir (Génesis

18:11), Dios cumplió a cabalidad su palabra: “Y Sara concibió y dio a Abraham un hijo en su vejez, en el tiempo que Dios le había dicho” (Génesis 21:1-2). “Por lo cual . . . de uno, y ése ya casi muerto, salieron como las estrellas del cielo en multitud . . .” (Hebreos 11:12).

Abraham y Sara pasaron por muchas otras pruebas, y en algunas de ellas su fe flaqueó. En dos ocasiones, temiendo por su vida, Abraham hizo declaraciones engañosas y dijo que Sara era su hermana en lugar de su esposa (Génesis 12:12-13; 26:7). Cuando a Sara se le dijo que concebiría un hijo, se rió pensando que eso no era posible debido a su avanzada edad y también la de su esposo (Génesis 18:9-12).

Abraham y Sara no eran perfectos, pero nos dieron un gran ejemplo de lo que es vivir con fe y confianza en Dios. Ellos trataron de hacer la voluntad de Dios mientras esperaban fielmente que él cumpliera sus promesas. Por el hecho de haber vivido obedeciendo a Dios y creyendo firmemente en sus promesas hasta el momento de su muerte, él “no se avergüenza de llamarse Dios de ellos” (Hebreos 11:13-16).

El ejemplo del rey David

Siglos más tarde apareció David, otro hombre de fe. Mucho se ha escrito acerca de él, tanto acerca de su juventud como de la época posterior, cuando llegó a ser el segundo rey de Israel. Su vida, en general, es un ejemplo de fe viva en Dios.



A pesar de ser muy joven, David tenía plena confianza en que Dios lo ayudaría al enfrentarse al gigante Goliat. Cuando Saúl trató de disuadirlo porque era solo un muchacho, le respondió: “El Eterno, que me ha librado de las garras del león y

A pesar de ser muy joven, David tenía plena confianza en que Dios lo ayudaría al enfrentarse con el gigante Goliat.

de las garras del oso, él también me librará de la mano de este filisteo” (1 Samuel 17:37). Siendo ya adulto, Dios lo llamó “varón conforme a mi corazón, quien hará todo lo que yo quiero” (Hechos 13:22).

Al igual que David, todos tenemos que enfrentarnos a nuestros leones, osos y Goliats; es decir, a las adversidades y pruebas que pueden abrumarnos; y así como Dios ayudó y libró a David, también puede hacerlo con

nosotros. Dios ciertamente puede intervenir en nuestra vida y ayudarnos, siempre y cuando le obedezcamos y tengamos confianza en él. Dios no cambia (Malaquías 3:6; Hebreos 13:8), de manera que podemos confiar en su poder para socorrernos.

Tres jóvenes judíos y un horno ardiente

Quizá en alguna ocasión usted haya oído hablar de Sadrac, Mesac y Abed-nego (Daniel 3). Estos tres jóvenes arriesgaron sus vidas cuando decidieron no adorar la estatua de oro que había hecho el rey Nabucodonosor. Hacerlo hubiera sido quebrantar el segundo mandamiento de la ley de Dios (Éxodo 20:4-6). Por rehusarse a venerar la imagen, fueron condenados a ser arrojados vivos dentro de un horno de fuego.



Leamos su inspiradora respuesta al monarca babilonio cuando éste les dio la última oportunidad para arrodillarse ante su estatua: “No es necesario que te respondamos sobre este asunto. He aquí nuestro Dios a quien servimos puede librarnos del horno de fuego ardiendo; y de tu mano, oh rey, nos librára. Y si no, sepas, oh rey, que no serviremos a tus dioses, ni tampoco adoraremos la estatua que has levantado” (Daniel 3:16-18).

Aunque Dios permitió que Sadrac, Mesac y Abed-nego fueran atados y arrojados al horno, las ardientes llamas no les hicieron daño y salieron caminando de allí ilesos.

Ellos prefirieron arriesgar sus vidas antes que violar su compromiso de obedecer a Dios. Sabían que Dios *podía* librarlos, pero ignoraban si de hecho lo haría en ese momento. Sin importarles lo que sucediera, la firmeza de su fe los hizo poner a Dios primero, un principio en el que Jesús hizo hincapié (Mateo 6:33).

Como una muestra de su poder, Dios intervino y los libró de la muerte. Y aunque permitió que fueran atados y lanzados dentro del horno, que había sido calentado más de lo acostumbrado, no sufrieron daño alguno (Daniel 3:25-27). ¡Los tres salieron caminando de allí ilesos!

Aún cuando nuestras tribulaciones nunca lleguen a ser tan graves, pueden parecernos igual de difíciles cuando debemos afrontarlas. El ejemplo de Sadrac, Mesac y Abed-nego nos recuerda que Dios ciertamente interviene

en la vida de los que confían en él (Salmos 37:4-7; 118:6-8; Proverbios 3:5-6).

Meditemos en estos ejemplos

En los ejemplos que acabamos de analizar, la obediencia aparece como uno de los frutos principales de la fe. La fe verdadera conduce inevitablemente a la *acción*, y es por eso que en Santiago 2:14-26 se nos advierte que “la fe sin obras es muerta”. La verdadera fe nos lleva a hacer lo que Dios dice que es bueno y correcto, y a estar dispuestos a aceptar las consecuencias de nuestra decisión.

Los ejemplos y el testimonio de los hombres y mujeres que encontramos en Hebreos 11 nos demuestran que podemos creerle a Dios. Él no miente (Tito 1:2), y como un Padre amoroso y fiel, se deleita en proveer lo que necesitamos: “Toda buena dádiva y todo don perfecto es de lo alto, y desciende del Padre de las luces, en quien no hay mudanza, ni sombra de variación. Por su voluntad él nos engendró por la palabra de verdad, para que seamos primicias de sus criaturas” (Santiago 1:17-18).

A quienes se sometan a la voluntad de Dios, él les ha prometido amor, protección y fidelidad (Salmos 33:4; 37:28; 97:10; Proverbios 2:8; 2 Tesalonicenses 3:3). Estas promesas son absolutamente seguras.

Algunos pueden pensar que los ejemplos de Hebreos 11 no se aplican a la gente común. Quizá supongan equivocadamente que estas personas eran tan fuertes espiritualmente, que les era fácil confiar en Dios. Pero la realidad es que la fe no se adquiere de la noche a la mañana, sino que todos tenemos que desarrollarla y fortalecerla gradualmente.

Inicialmente recibimos la fe por medio del Espíritu de Dios, pues es un fruto del Espíritu Santo que Dios nos da cuando nos arrepentimos y somos bautizados (Gálatas 5:22; Hechos 2:38). Si desea más información acerca de estos temas, no deje de solicitar o descargar los folletos gratuitos: *¿Por qué existimos?* y *El camino hacia la vida eterna*.

Dios empieza el proceso de reconciliarnos con él cuando nos llama (Juan 6:44) y nos guía al arrepentimiento (Romanos 2:4).

Pero la fe que Dios nos da cuando somos bautizados tiene que ser alimentada y fortalecida. Se nos advierte que no debemos descuidar nuestra salvación (Hebreos 2:3) ni apagar el Espíritu de Dios (1 Tesalonicenses 5:19). Dios espera que tengamos fe, y son nuestras obras (nuestros esfuerzos para hacer la voluntad de Dios) las que demuestran que la tenemos (Santiago 2:20). Es nuestra responsabilidad hacer que esa fe crezca (2 Pedro 3:18).

Desde luego, Dios también desempeña un papel esencial en el fortalecimiento de la fe, porque solos no podemos crear fe ni hacerla crecer. Por eso, en la Biblia se nos dice que debemos tener “la fe de Jesucristo” (Gálatas 2:16; Filipenses 3:9). Como hicimos notar en el capítulo anterior, creer en Dios comprende mucho más que el simple hecho de reconocer su existencia; la fe

es una relación con Dios que madura y se profundiza con el tiempo.

Más ejemplos de fe verdadera

En la Biblia se mencionan otros personajes menos conocidos, pero que también mostraron gran fe en Dios. Sus ejemplos son inspiradores y además nos muestran que Dios no hace acepción de personas (Hechos 10:34-35). Sin importar cuáles sean las circunstancias, todos podemos tener una fe sólida.

En el primero de los cuatro evangelios encontramos varios ejemplos muy claros de fe. Uno de ellos es el caso de un leproso que fue sanado al postrarse ante Jesús y decirle: “Señor, si quieres, puedes limpiarme” (Mateo 8:2).

En otro caso, Jesús le ofreció a un centurión visitar su casa para sanar a su sirviente. La fe que este oficial romano tenía en el poder de Jesús era tan grande, que sabía que su presencia no era indispensable para efectuar la sanación. Por lo tanto, le respondió: “Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo; solamente di la palabra, y mi criado sanará” (v. 8). Jesús quedó tan impresionado con semejante fe, que dijo a quienes lo seguían: “De cierto os digo, que ni aun en Israel he hallado tanta fe”. Y al centurión le dijo: “Ve, y como creíste, te sea hecho” (vv. 10, 13). El criado fue sanado en ese momento.

Tenemos también el ejemplo de una mujer que padecía de un “flujo de sangre” desde hacía 12 años, quien se acercó a Jesús para ser sanada (Mateo 9:20). Ella creía que todo lo que tenía que hacer era tocar la ropa de Jesús. Al notar su presencia, él le dijo: “Ten ánimo, hija; tu fe te ha salvado” (v. 22).

Los enemigos de la fe

¿Alguna vez se ha preguntado por qué no vemos más ejemplos de fe? En la Biblia se mencionan varios factores que minan la fe. Entre ellos se cuentan:

- *El afán.* Jesús nos advirtió: “No os afanéis . . . buscad primeramente el reino de Dios y su justicia . . .” (Mateo 6:25-33).

- *El temor.* En cierta ocasión los discípulos viajaban en una barca y se desencadenó una tormenta; asustados, despertaron a Jesús rogándole que los salvara. “¿Por qué teméis, hombres de poca fe?”, les dijo. Luego reprendió al viento y al mar, y hubo gran calma (Mateo 8:23-26).

- *La duda.* En otra ocasión en que los discípulos atravesaban el mar de Galilea, Pedro vio a Jesús caminando sobre las aguas y le preguntó si él podía hacer lo mismo. Jesús lo

invitó a que lo acompañara, y Pedro también empezó a caminar sobre las aguas. “Pero al ver el fuerte viento, tuvo miedo” y comenzó a hundirse (Mateo 14:30). Entonces “Jesús, extendiendo la mano, asió de él, y le dijo: ¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?” (v. 31).

- *El razonamiento humano carente de entendimiento espiritual.* Jesús les advirtió a sus discípulos: “Mirad, guardaos de la levadura de los fariseos y de los saduceos” (Mateo 16:6). Les estaba previniendo contra las enseñanzas de los dirigentes religiosos que aparentaban ser justos (v. 12), pero que carecían del verdadero entendimiento espiritual. Por cuanto los discípulos no comprendían este principio espiritual, al comienzo no sabían de qué les estaba hablando Jesús (vv. 7-12).

Esta mujer también fue sanada de inmediato.

Otro gran ejemplo de fe fue el de dos ciegos que acudieron a Jesús para que los sanara. Leamos el relato: “Jesús les dijo: ¿Creéis que puedo hacer esto? Ellos dijeron: Sí, Señor. Entonces les tocó los ojos, diciendo: Conforme a vuestra fe os sea hecho. Y los ojos de ellos fueron abiertos” (vv. 28-30).

Cuando parece que Dios no nos escucha ni contesta

Una de las cosas más desalentadoras y perjudiciales para nuestra fe es creer que Dios no escucha nuestras oraciones, o que no nos contesta, o que no le importa nuestro sufrimiento. Es fácil pensar así cuando Dios no nos responde en el momento y de la manera que nosotros queremos.

El apóstol Pablo pudo haber llegado a la conclusión de que Dios no le escuchaba. Al fin y al cabo, él le pidió que lo librara de una aflicción seria, pero Dios no le concedió su petición.

¿Quiere decir esto que Pablo no tenía fe suficiente? ¡Claro que no! Su vida es un ejemplo de lo que es tener una fe viva.

Notemos lo que dice el apóstol al respecto: “Me fue dado un aguijón en mi carne, un mensajero de Satanás que me abofetea . . . respecto a lo cual tres veces he rogado al Señor, que lo quite de mí” (2 Corintios 12:7-8).

¿En qué consistía esa prueba, ese “mensajero de Satanás”? A juzgar por algunos comentarios que Pablo hace en sus epístolas, podemos deducir que tal vez se trataba de algún problema en sus ojos: “Vosotros sabéis que a causa de una enfermedad del cuerpo os anuncié el evangelio al principio; y no me despreciasteis ni desechasteis por la prueba que tenía en mi cuerpo, antes bien me recibisteis . . . os doy testimonio de que si hubieseis podido, os hubierais sacado vuestros propios ojos para dárme los” (Gálatas 4:13-15). Casi al final de la epístola dice: “Mirad con cuán grandes letras os escribo de mi propia mano” (Gálatas 6:11). Quizá Pablo tenía que escribir en letras grandes para

poder leer lo que escribía.

Años después, les escribió a los corintios y les dijo que tres veces le había rogado a Dios que le quitara ese “aguijón” (2 Corintios 12:7-8). La brevedad de este comentario no debe hacernos suponer que las oraciones de Pablo no fueron fervorosas. Él quería ser librado de ese impedimento a fin de poder predicar el evangelio en forma más eficiente y cuidar de las congregaciones que Dios había formado por su conducto.

La respuesta de Dios

Pablo pudo haber pensado que Dios no escuchaba sus ruegos. Sin embargo, no fue así. Dios simplemente le dio una respuesta inesperada: “Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad” (2 Corintios 12:9).

Aquí no es claro si Dios le dijo estas palabras directamente a Pablo, o si Pablo gradualmente llegó a entender cuál era la voluntad de Dios en este caso. Lo que sí es claro es que el apóstol pudo llegar a un entendimiento espiritual más profundo, que reafirmó su fe y su dedicación a Dios.

El apóstol pudo entender que el crédito de lo que lograra no le correspondía realmente a él sino a Dios y a Jesucristo, y que su debilidad lo acercaba más a esa fuente de poder: “Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo. Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte” (vv. 9-10).

Hay muchos otros ejemplos de personas que fueron sanadas durante el ministerio de Jesús. A pesar de que nuestra sociedad relega a Dios al olvido, no podemos eludir los asuntos de vida o muerte. Aun en el caso de que podamos acceder a la mejor atención médica, en última instancia nuestra vida está en manos de Dios porque, como dijo el apóstol Pablo, “en él vivimos, y

La experiencia de Pablo permanece como una lección espiritual para nosotros. En ciertas ocasiones la respuesta que Dios nos da puede ser “no” o “todavía no”. Él nunca tuvo la intención de que nuestros cuerpos físicos fueran imperecederos. Nos dio una existencia que puede durar hasta 70 años o más (Salmos 90:10), pero su mayor interés es que vayamos forjando un carácter justo y que cultivemos una relación estrecha e íntima con él que dure toda la eternidad. Quiere resucitarnos a la vida eterna y darnos un cuerpo libre de debilidades, enfermedades y muerte: un cuerpo espiritual e inmortal (1 Corintios 15:40-44, 50-54).

Pablo entendió que mientras llega ese momento, nuestro amoroso Dios jamás permitirá que tengamos pruebas que no podamos soportar con su ayuda: “No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar” (1 Corintios 10:13). Algunas veces, esa “salida” es sencillamente la determinación de sobrellevar la prueba hasta el final.

Sumisión a Dios

Pablo no fue el único que aprendió que la verdadera fe viva, la que produce obras según la voluntad de Dios, es mucho más importante que la salud física y la longevidad. El mismo Jesús, sabiendo que en unas pocas horas más estaría enfrentándose a una muerte horripilante, de rodillas clamó: “Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa” (Mateo 26:39). A Jesús le angustiaba el tener que pasar por tan tremendo sufrimiento, pero sabía que su muerte haría posible la reden-

ción de toda la humanidad. Por eso dijo: “Pero no sea como yo quiero, sino como tú” (v. 39; Lucas 22:42). Jesucristo, nuestro ejemplo perfecto, sabía que la voluntad del Padre era más importante que la de él.

Dios sabe qué es lo mejor para nosotros, aunque no sea lo que queramos o deseemos en el momento. Uno de los apóstoles nos recomienda: “[Echad] toda vuestra ansiedad sobre [Dios], porque él tiene cuidado de vosotros” (1 Pedro 5:7). Por otra parte, Pablo nos dice que debemos estar persuadidos de que “el que comenzó en [nosotros] la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo” (Filipenses 1:6). Debido a que Dios está trabajando con nosotros con la perspectiva mucho más amplia de ayudarnos a adquirir fe y formar un carácter santo y justo, no siempre contesta nuestras oraciones como nosotros lo deseamos.

Unos fueron librados, otros no

En Hebreos 11 se nos dice que algunas mujeres “recibieron sus muertos mediante resurrección; mas otros fueron atormentados, no aceptando el rescate, a fin de obtener mejor resurrección. Otros experimentaron vituperios y azotes, y a más de esto prisiones y cárceles. Fueron apedreados, aserrados, puestos a prueba, muertos a filo de espada . . . Y todos éstos, aunque alcanzaron buen testimonio mediante la fe, no recibieron lo prometido; proveyendo Dios alguna cosa mejor para nosotros, para que no fuesen ellos perfeccionados aparte de nosotros” (vv. 35-40).

Dios no contesta siempre nuestras oraciones como nosotros esperamos, y no siempre nos libra instantáneamente de nuestras pruebas. Sin embargo, él siempre hace lo que es mejor para nosotros.

nos movemos, y somos” (Hechos 17:28).

Aunque a los cristianos se les aconseja llamar a los ancianos de la iglesia cuando se enferman (Santiago 5:14-15), también es prudente buscar la ayuda y el consejo de médicos competentes. No hay nada malo en buscar atención profesional cuando estamos enfermos. A Lucas, el compañero de viajes de Pablo y autor del evangelio que lleva su nombre y del libro de los Hechos, en Colosenses 4:14 se le menciona como “el médico amado”.

En Mateo 9:12 podemos ver que Jesús mismo reconoció la necesidad que tenemos de los médicos para cuidar de nuestra salud. En el ejemplo que mencionamos anteriormente acerca de la mujer que fue sanada de un flujo de sangre con solo tocar la ropa de Jesús, otro de los evangelistas agrega que ella “había gastado en médicos todo cuanto tenía, y por ninguno había podido ser curada” (Lucas 8:43). Jesús no le negó la sanidad ni la condenó por haber acudido a los médicos; por el contrario, él alabó su fe.

Ciertamente, la resurrección es una promesa segura; sin embargo, debemos recordar que nuestra vida es temporal y nadie puede escapar a la muerte (1 Corintios 15:22; Hebreos 9:27). Por el contrario, nuestra fe tiene un significado eterno y por eso Pablo dijo: “Por fe andamos, no por vista” (2 Corintios 5:7), y: “El justo por la fe vivirá” (Romanos 1:17; Gálatas 3:11; Hebreos 10:38).

Al final del “capítulo de la fe” leemos que nosotros también podemos participar en ese futuro que Dios ha prometido a todos aquellos cuyas vidas fueron ejemplos sobresalientes de fe: “Y todos éstos, aunque alcanzaron buen testimonio mediante la fe, no recibieron lo prometido; proveyendo Dios alguna cosa mejor para nosotros, para que no fuesen ellos perfeccionados aparte de nosotros” (Hebreos 11:39-40).

Nosotros podemos llegar a ser “perfeccionados” junto con todas aquellas personas que tuvieron una fe tan firme. El próximo capítulo podrá ayudarle a entender cómo se llevará a cabo esto.

Cómo fortalecer la fe

*“El justo por la fe vivirá” (Romanos 1:17;
Gálatas 3:11; Hebreos 10:38).*

En los capítulos anteriores vimos cómo se define la fe en la Biblia y analizamos algunos ejemplos de la fe viva que ejercieron los fieles siervos de Dios. También aprendimos que es imprescindible tener fe para que Dios nos dé el don de la vida eterna. Ahora bien, ¿cómo podemos adquirir una fe activa y sólida en este mundo incrédulo en el cual vivimos?

No se sienta desanimado si piensa que no tiene fe. En ciertas ocasiones las personas que profesan creer en Dios se avergüenzan cuando se enfrentan a una crisis y se dan cuenta de que su fe es débil. Quizá esto le suceda a usted; pero no se desespere. En la Biblia podemos ver que aun los hombres y mujeres de gran fe tuvieron que enfrentarse algunas veces a situaciones que eran verdaderos desafíos para su confianza en Dios.

La Biblia habla elocuentemente de la angustia que los embargaba al verse enfrentados a estas pruebas. En Hebreos 11:34 leemos que “sacaron fuerzas de debilidad, se hicieron fuertes en batallas”. La fe de estos hombres y mujeres se fortaleció por medio de las adversidades y también por los reveses y fracasos que experimentaron en ciertas ocasiones.

El ejemplo de Jeremías

Uno de ellos fue el profeta Jeremías, quien se cuenta entre los que sufrieron “prisiones y cárceles” (Hebreos 11:36; Jeremías 37:15-16). En una ocasión, los captores de Jeremías no solamente lo encarcelaron, sino que además lo metieron en una cisterna llena de lodo (Jeremías 38:6). Esta era la tercera vez que el profeta era encarcelado y fue la más brutal. Su situación era tan terrible, que estuvo a punto de morir (v. 10).

El encarcelamiento injusto de Jeremías fue la culminación de un largo período de abusos sufridos a manos de su propia gente. Dios lo había llamado para que le profetizara al pueblo de Judá y le advirtiera que, debido a sus pecados, su reino sería invadido por extranjeros. En lugar de arrepentirse ante las advertencias de Dios, el pueblo se volvió con odio contra Jeremías y trató de asesinarlo (Jeremías 11:19, 21). Lo acusaron de traición, lo detuvieron, lo llevaron ante el rey y lo metieron en prisión.

Jeremías tuvo que luchar espiritualmente contra tan encarnizada oposición. Al principio, él no quería profetizar; manifestó sus temores y hasta acusó a Dios de forzarlo a ser profeta (Jeremías 1:4-8; 20:7). Hubo un

momento en que tomó la decisión de no hablar más en nombre de Dios (v. 9), pero sus convicciones lo impulsaron a continuar. A medida que su lucha proseguía, llegó incluso a desear no haber nacido nunca (v. 14).

La vida de Jeremías fue una lucha constante. Él no era el tipo de persona que siempre está sonriente y satisfecha, ajena por completo a las dudas y aflicciones. Por el contrario, el relato de la Biblia nos habla de un hombre muy humano que luchaba y era débil, pero que salió adelante gracias a su fe en Dios. Clamó a su Creador: “Sáname, oh Eterno, y seré sano; sálvame, y seré salvo . . . pues mi refugio eres tú en el día malo” (Jeremías 17:14, 17).



Dios libró a Jeremías del calabozo y de la muerte, y en la actualidad es reconocido como un gran siervo de Dios. Su vida fue grata a Dios y será resucitado al momento del retorno de Jesucristo. La vida de Jeremías no fue nada fácil, pero su fe maduró y se fortaleció por medio de sus pruebas.

Los captores de Jeremías lo metieron a una cisterna llena de lodo. Su situación era tan terrible, que estuvo a punto de morir. Pero él depositó toda su fe en Dios y fue librado de aquel pozo y también de la muerte.

Muchos otros hombres y mujeres clamaron a Dios en momentos difíciles, cuando sentían que su fe flaqueaba. Si obedecemos y servimos a Dios nos veremos en situaciones que pondrán a prueba nuestra fe. El apóstol Pablo nos dice que “todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución” (2 Timoteo 3:12). Necesitamos acudir a Dios y pedirle que nos ayude a cultivar una relación estrecha, íntima y amorosa con él que nos capacite para soportar tales pruebas.

Quizá lleguemos a encontrarnos en una situación semejante a la de cierto padre que tenía un problema muy grave: su hijo estaba poseído por un demonio y quería que Jesús lo sanara. Jesús le dijo: “Si puedes creer, al que cree todo le es posible”, pero el hombre sabía que su fe no era muy fuerte así que, angustiado, le clamó: “Creo; ayuda mi incredulidad” (Marcos 9:23-24).

Jesús no condenó a este hombre de fe débil ni se rehusó a ayudarlo, y

tampoco nos negará su ayuda cuando nuestra fe flaquee. No obstante, hay algo que nosotros debemos hacer en estas circunstancias.

Fortalecernos en fe

Dios espera que nuestra fe se vaya fortaleciendo. Es imprescindible que así sea, porque sin fe jamás podremos agradar a Dios (Hebreos 11:6). La fe es uno de nuestros recursos más valiosos y una clave para todo lo que es importante, ya que solo a través de ella podemos recibir la aprobación de Dios. Aquellos héroes de la fe cuyos ejemplos están consignados en Hebreos 11 “alcanzaron buen testimonio mediante la fe” (v. 39).

Debido a la fe que ellos tuvieron, Dios los resucitará cuando Jesucristo retorne a la Tierra (1 Corintios 15:50-52; 1 Tesalonicenses 4:15-16). La fe es una clave importantísima para poder entrar en el Reino de Dios y recibir la vida eterna.

Como explicamos antes, la fe no es algo que podemos autoinfundirnos; tampoco podemos decidir por nuestra cuenta que nunca más tendremos dudas o incertidumbre. Por el contrario, la fe verdadera es el resultado de una relación profunda y madura con Dios. Notemos lo que podemos hacer para reafirmar la más importante de todas nuestras relaciones.

La vital importancia de la oración

Empezamos nuestro camino hacia una vida de fe *pidiéndosela a Dios*. Él quiere que tengamos fe, y está deseoso de dárnosla (Lucas 11:9-13). Debemos pedírsela en oración, y debemos hacerlo “siempre, y no desmayar” (Lucas 18:1). Orar pidiendo fe debe ser algo que hacemos todos los días.

En muchos pasajes de la Biblia se nos muestra que debemos mantenernos en contacto diario con Dios (Mateo 6:11; Lucas 11:3; 2 Corintios 4:16). Para asegurarse de tener una estrecha relación con su Hacedor, el rey David oraba tres veces al día (Salmos 55:16-17). En Daniel 6:10 podemos leer que este profeta hacía lo mismo. La oración, junto con el estudio diario de las Escrituras, es uno de los aspectos más importantes de nuestra relación con Dios. Es una manera de expresarle nuestro amor y también nuestras preocupaciones. Esta comunicación sincera con Dios acrecienta nuestra fe.

Otro beneficio de la oración es que Dios nos responde. Notemos la siguiente promesa: “Si . . . buscares al Eterno tu Dios, lo hallarás, si lo buscares de todo tu corazón y de toda tu alma” (Deuteronomio 4:29).

Si de todo corazón oramos a Dios y le pedimos que fortalezca nuestra fe, no nos lo negará. Él quiere darnos dones espirituales, tal como un padre amoroso quiere dar de comer a sus hijos hambrientos (Lucas 11:11-12). Jesús nos aseguró que cualquier cosa que pidiéramos en su nombre, Dios nos la daría (Juan 14:13; 15:16; 16:23).

Estudiar la Biblia diariamente

Nosotros hablamos con Dios por medio de la oración, y él nos habla por medio de su Palabra escrita.

En la Biblia se nos dice que “la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios” (Romanos 10:17). Recordemos lo que es la fe. En su forma más sencilla, la fe es la confianza en que Dios hará lo que dice que hará (Romanos 4:20-21). Para saber lo que Dios nos dice, debemos estudiar en la Biblia las palabras que él inspiró a ciertos hombres. Esas palabras nos explican cómo quiere él que vivamos, y nos dicen lo que hará por nosotros. En la Biblia encontramos también muchos relatos acerca de cómo Dios ha intervenido en la vida de individuos,



Para saber lo que Dios nos dice debemos leer la Biblia, su Palabra revelada a la humanidad, en la cual nos enseña cómo quiere que vivamos.

familias, naciones y, de hecho, de toda la humanidad.

A medida que estudiamos las Sagradas Escrituras y oramos, nuestra fe va fortaleciéndose en dos formas: por una parte, nos enteramos de las cosas que Dios nos promete, las cuales podemos reclamar; y por otra, los inspiradores relatos de la Biblia nos tranquilizan y ayudan a fortalecer nuestra fe.

Refiriéndose a la Palabra de Dios, el apóstol Pablo dijo: “Las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza” (Romanos 15:4). Conforme aumenta nuestra esperanza, puede fortalecerse también nuestra fe. Si usted desea sacar más provecho del estudio de la Biblia a fin de fortalecer y reafirmar su fe, solicite o descargue de nuestro sitio web los folletos gratuitos *¿Se puede confiar en la Biblia?* y *Cómo entender la Biblia*, los cuales pueden serle de mucho beneficio.

La obediencia a Dios

Otro paso muy importante en el fortalecimiento de nuestra fe es *hacer lo que Dios nos manda*. Debemos obedecer sus mandamientos y ponerlos